

insulto al arte y a la verdad. Todo gran escritor es un gran embaucador, como lo es la architramposa Naturaleza». Y bueno, me habla usted de cuando estoy fuera de la literatura... Ese es mi terreno privado, donde solo puedo decirle que distingo perfectamente entre ficción y realidad, aunque a veces, ¡ay!, me suceden en la vida real cosas exageradamente literarias.

– *Sí, porque no deja de ser curioso que usted haya generado su propio adjetivo. Igual que se habla de algo kafkiano o dantesco, muchos de sus seguidores se reconocen a veces en situaciones «vila-matasianas». ¿Le gusta, le hace gracia? ¿Cuál ha sido la última experiencia vila-matasiana de Vila Matas?*

– ¿Si me gusta? Lo vivo con resignación divertida. Pero es que es verdad que me suceden en la vida real cosas muy literarias. El otro día, por ejemplo, sin ir más lejos, estaba en Mantua y acababa de dar una conferencia y se me acercó un señor que me dijo si podía hacerme exactamente cuatro preguntas. Empezó queriendo saber si me identificaba plenamente con el título de mi libro *El viajero más lento*. Dudé al contestar. El señor aquel tenía un gesto tan grave que no parecía proclive a las vacilaciones. Opté por decirle que sí, y me pareció que después de todo era la respuesta más coherente. Entonces sonrió y, con palabras pausadas, me dijo que era el presidente de la Asociación Internacional del Tiempo Lento. ¿Qué se contesta a alguien que dice algo así? Sólo pensé que parecía un personaje salido de mis relatos. Es increíble como la Naturaleza puede imitar a la ficción... La segunda pregunta buscaba conocer mi opinión sobre el Tiempo. «Si no me lo preguntan, lo sé, pero si me lo preguntan, lo ignoro», dije imitando a San Agustín, y temiendo la reacción airada del señor del Tiempo Lento. Pero el hombre ni se inmutó, siguió anotándolo todo en un cuaderno. La tercera pregunta pretendía averiguar si el tiempo era la imagen móvil de la eternidad. Comencé a preocuparme porque tuve la impresión de que aquel hombre tenía todo el tiempo del mundo y

«No distingo en mi vida entre ficción y realidad, pero es que me suceden siempre cosas literarias»

que iba a ser difícil –después de haberme declarado a favor del Tiempo Lento– explicarle que tenía una cierta prisa porque me esperaban en la plaza Sordello. Hubo una cuarta, quinta, sexta pregunta. Y más anotaciones parsimoniosas en su cuaderno. Sentí que había quedado atrapado en una trampa claustrofóbica. Y pensé en decirle al señor del Tiempo Lento: «Soy un ser anónimo, ¿me permite volver a la libertad?». Iba a decírselo cuando el hombre, esbozando una sonrisa, cerró su cuaderno y me comunicó que habíamos llegado al final de nuestro tiempo. «Siga su camino», añadió magnánimo. Salí de allí perturbado, pero libre, hacia la plaza Sordello.

– *En el cuento «Porque ella no lo pidió» va todavía un poco más allá y presenta como ficción algo que ocurrió en realidad: la propuesta que le hizo Sophie Calle de escribir una historia para que ella pudiera vivirla. Al final consigue que ya no sepamos qué es ficción y qué es realidad, aunque quizá el mayor logro es conseguir que eso nos de exactamente lo mismo. Da la impresión de que con este cuento ha querido dar todavía un paso más en la relación vida-literatura que tanto ha explorado.*

– Es que tanto divagar y disertar en torno a las relaciones entre literatura y vida y va Sophie Calle y me dice: «Escríbeme una historia, y yo la vivo». Me pareció que eso iba más allá de la literatura. Todo eso, además, me llegó cuando acababa de publicar *Doctor Pasavento* y no sabía por dónde iría. O sea que, en un primer momento, pensé que todo aquello me llevaba más allá de mi literatura. De alguna forma, fue como la historia del señor del Tiempo Lento de Mantua. La aparición de Sophie Calle en mi vida me pareció providencial. Entre otras cosas, me mostró la puerta de salida de mi *Trilogía de la Catedral Metaliteraria*. En *Exploradores del abismo* lo cuento como si fuera inventado, pero mi historia con Sophie ha ocurrido en la vida real. Lo que sucede es que, contándola como ficción, he dado una vuelta de tuerca más a mis exploraciones sobre realidad y ficción, he ido más allá de mi literatura, pero quedándome

«En *Exploradores del abismo* he ido más allá de mi literatura, pero quedándome en la literatura, sin saltar a la vida»

me en la literatura, es decir, no dando el salto a la vida, porque me pareció que, si lo daba, iba a quedarme sin nada y la buena de Sophie se quedaría con mi literatura... Y bueno, no puedo dejar de contarle a usted ahora que ayer, después de un año de silencio, Sophie me envió un e-mail para preguntarme mi dirección de Barcelona, ya que quiere enviarme un libro que acaba ella de publicar. No tuve más remedio que comunicarle que también yo he escrito y publicado algo y que quiero enviárselo. O sea que, si no me equivoco y como era previsible, la historia sigue, lo cual –tengo que confesarle– me da un poco de miedo, aunque confío en mí y sé que sabré sobreponerme a cualquier pánico posible.

– *En Bartleby y compañía abordó el tema de los escritores que dejan de escribir, de las personas que viven y luego dejan de hacerlo. ¿A usted también le asalta ese miedo?*

– Miedo ninguno. La columna vertebral de mi método creativo –ampliado gracias a la exploración, valga la redundancia, de *Exploradores del abismo*– no permite el silencio exagerado. En la esencia de esa columna se halla una frase que yo sé que vertebra toda mi obra futura, lo cual –dicho sea de paso y con mi sonrisa más amplia– es todo un descanso saberlo, pues se vive muy bien alejado de cualquier inquietud *bartleby*. ¿Le digo la frase? Espere, que no sé si voy a recordarla bien... Sí, ya está, es de Beckett. A ver... «No querer decir, no saber lo que se quiere decir, no poder decir lo que se cree querer decir, y decirlo siempre»

– *Y así, después de Bartleby, se fue al extremo contrario, a narrar la historia de un moderno Don Quijote enfermo de literatura con El mal de Montano...*

– *El mal de Montano* –destacaría de él su estructura, inédita en el mundo de la novela– dio nombre a un síndrome que en catalán ya lo tenía: *lletraferit*, es decir, *letraherido*. Tener el mal de Montano es, en

«No tengo miedo a ser un *bartleby*; mi método creativo no permite el silencio exagerado»

definitiva, ser un letraherido. Me pareció que hablar de ese síndrome era la única salida que tenía después de *Bartleby y compañía*. Pero no quería hablar sólo de ese síndrome, sino del mundo de los diarios literarios que son fronterizos con la ficción. Gide, Gombrowicz, Kafka... Ese era para mí el tema central y también el tema de estudio del libro, y no el síndrome de Montano. En *Doctor Pasavento* sucede algo parecido; se considera que el libro habla del tema de la desaparición, pero en realidad habla de la soledad de ese personaje que se esconde creyendo que todo el mundo lo buscará y no lo busca nadie.

– *Se comentó mucho, sobre todo cuando le dieron el premio Rómulo Gallegos, el hecho de que el reconocimiento le llegara en países como Francia, Argentina o México, antes que en España. Incluso llegó a decir que se había autoaplicado la ley de extranjería en vista de que no encajaba en ese panorama narrativo español. ¿Se siente hoy más cómodo tras la llegada del éxito?, los premios ¿sigue siendo igual de cerrado ese panorama?*

– Ahora está todavía más cerrado. Porque estamos en el país en el que, en cuanto uno crece, le llueven los palos. Ni siquiera el Premio de la Real Academia a *Doctor Pasavento* aplacó los ánimos, sino todo lo contrario, claro. Pero ya me da igual porque, a fin de cuentas, nunca he creído en las literaturas nacionales, de modo que quiero desentenderme ya de una vez por todas del tema del reconocimiento español y de todas esas zarandajas. Pero queda un poso de rencor inevitable. Una anécdota ilustra lo que me ha pasado a lo largo de estos últimos años: el día en que recibí el Médicis-Etranger, el premio al mejor libro extranjero publicado durante el año 2002 en Francia (algo así como ganar la Copa de Europa en Wembley), llamaron desde París a las páginas de Cultura de El País para que publicaran la noticia y desde allí les dijeron que no le darían mucho relieve porque «a ese ya lo hemos sacado mucho últimamente». Sobra decir que si el ganador hubiera sido alguien de la casa, el despliegue de información sobre el premio (a la final llega-

«Estamos en el país en el que, en cuanto uno crece, le llueven los palos. Ya me dan igual»